

Recordar, ahora, es pasar por el corazón algunos recuerdos. Unos recuerdos que dejan de ser sólo recuerdos para ser simbólicos y que me han hecho volver a él, a Julio. Son recuerdos tan sencillos y tan normales como fue mi trato con él.

Conocí a Julio siendo yo alumno de este Instituto Superior de Pastoral, haciendo el bienio, hace ya años. Escuché sus clases de Cristología, Eclesiología, Nuevas Teologías, Los pobres... Su palabra era viva, libre, honesta, con una sinceridad atrayente, pisaba tierra, humana y eclesial. Su palabra en clase era tan humana y tan creyente que no hería sino que iluminaba. No era una palabra retórica ni tan técnico su lenguaje teológico, que cegara o hiciera daño; sabía decir cosas importantes y esenciales con palabras sencillas y ajustadas. Por eso, sus clases resultaban una propuesta honda, lúcida, certera y provocadora. Recuerdo sus papeles, sobre su mesa, llenos de correcciones, flechas, tachaduras... y yo pensaba este "tío" sigue trabajando, éste sigue buscando, no descansa en la búsqueda... y eso me encantaba.

En sus clases nos trasmitía con fuerza su pasión por "el hombre pobre", su pasión por Jesús de Nazaret y su seguimiento, por el Dios que se abre camino en este mundo cuando pasa delante la justicia; y su pasión por una Iglesia que la soñaba y la sufría, pero la amaba con un corazón muy libre de ataduras eclesiológicas.

Ese primer año del bienio iba a dar un retiro de fin de semana a Los Molinos y me invitó a que fuera. Allí fuimos los dos. Aún conservo las notas que tomé, su reflexión era sobre "el seguimiento"; ahora son algo más que notas. Visité con él la parroquia donde colaboraba en Vallecas. Y hasta llegamos a ir a alguna manifestación juntos.

Nuestro trato no se perdió, siguió, después del bienio, por teléfono, por carta y más tarde por Internet. Acompañó e iluminó con sus reflexiones, en varias ocasiones, el camino que vamos haciendo un "equipo-fraternidad" de laicos, religiosas y curas de la Diócesis de Ciudad Rodrigo, del que formo parte. Decía que eso lo enriquecía pero éramos nosotros los que nos veíamos enriquecidos por sus aportaciones y por su amistad. Cada año que intervino en la Semana de Pastoral nos regalaba su ponencia, tendría que decir mejor "sus papeles" porque todavía estaban marcados por correcciones y subrayados, para que nos los lleváramos a casa.

La Semana de Pastoral del 2010 hablábamos junto a la puerta del auditorio Pablo VI y me comentó que llevaba unos días de médicos, que en ocasiones perdía la visión... Llegó Juan Martín Velasco y volvió a comentar eso mismo. Pasado un tiempo Sandra me comunicó que Julio tenía cáncer... Lo que fui conociendo, después, respecto a la evolución de Julio, fue por Sandra. También queda el recuerdo de un abrazo en la última semana de Pastoral.

Tres señales quiero dejaros del paso de Julio por mi vida:

- Hay que situarse lúcidamente en la historia y en la vida de la Iglesia, porque, con cierta frecuencia decía, "no podemos ser tontos útiles"
- Julio fue de esa gente que no busco los primeros puestos. Fue, mejor "es", de esas personas que se ponen en el asiento de más atrás, casi al final. Y resulta que ponerse ahí es algo de Jesús de Nazaret y la

paradoja es que ese lugar insignificante es el lugar de la significancia evangélica. Y ese fue su sitio entre nosotros.

- Jamás, Julio, buscó ser maestro, ni tener admiradores o discípulos. Jamás trató de "crear escuela" y manejar vidas ajenas, ni fundar nada; nunca lo hizo y así lo experimenté yo. Y resultó ser un testigo creíble de la fe, un maestro lúcido y valiente en esta Iglesia del Señor con frecuencia poco habitable y un soñador y luchador de "unos cielos nuevos y una tierra nueva".

Jose Manuel Vidriales
Alumnos del Bienio y actualización